

—Es verdad; tienes razón. Pero era de tanto como la quería, para que no se apartase de mí nunca, para que siempre fuese mía. Hice mal, pero tengo una disculpa.

—Siempre la halla á mano el egoísmo.

—También ella lo quiso.

—Sí, sí; también ella lo quiso—repitió el ciego.—¡Todos, todos quisieron! Por eso todos sois unos desgraciados que, en vez de regir vuestras vidas, dejáis que la vida os rija á vosotros. ¡Es la eterna historia; siempre triste.

—Desde mañana no voy al Museo; desde mañana no copio; ni acabar la Anunciación de *Fra Angélico* siquiera. Que no vuelvan á mandarme recados de casa de la Marquesa.

—¡Calla! Si esta tarde te mandaron uno; se me olvidaba decírtelo.

—¿Esta tarde?

—Que fueses, que fueses.

—No voy.

—¡Piensa lo que haces!

—No voy, te digo. ¡No debí ir nunca!

—¡Esteban, Esteban! No pienses más en Guillerma. Yo que conozco á mi hermana te lo digo: no pienses más en ella.

—Pensaré siempre.

—¡Inútil!

—Guillerma me quiere; no podrá negármelo.

—¿Y para qué ha de negártelo?

—Entonces, ¿quién se opone?

—Ella misma.

—Venceré.

—Serás vencido.

CAPÍTULO VII

Mientras Esteban Aliaga y Antolín Torrecilla hablaban acaloradamente en la salita de los crepúsculos pintados, Guillermina escribía una carta. En el silencio de la noche, cuando todos dormían, ella iba dando forma á su pensamiento.

Escribía por una necesidad invencible de verter sobre el papel ideas: dudaba si aquel papel debía ir luego á quien estaba dedicado. En esta duda, era mayor el abandono de su pluma, que á veces corría veloz, atropelladamente, formando palabras y palabras llenas de pasión ardorosa, y á veces deslizábase lenta, tranquila, como si dibujase los rasgos.

«Esteban: Siento un impulso comunicativo que me obliga, no, que me impele á coger papel y pluma para escribir algo..., yo no sé qué... algo. Tengo una vaga idea de que esta tarde fui cruel contigo. No te pido perdón, porque sé que tú me perdonas. Sé además que tú comprendiste el recto sentido de todas mis palabras. Lo que no sé es si en mi dolor y en mi aturdimiento dejé escapar algo que no respondiese á mi deseo; tal vez haya sucedido. Se me ocurre una cosa: fui cruel como lo es el bisturí que raja en carne doliente. Sólo una cosa me da serenidad y fuerza: lo que hice, bueno ó malo, no lo hice por egoísmo, por egoísmo no lo hubiera hecho nunca. Lo hice por vosotros; mi vida no me pertenece; estoy resignada á que no me pertenezca.

»Cuando me separé de ti, ¿me viste huir..., huir? Pues quería huir de mí misma. En aquella marcha velocísima yo ni pensaba, ni sentía; la carrera loca era un gran alivio, porque en el aturdimiento el corazón y la mente estaban refrenados. Al entrar en casa de mi discípula tuve un miedo horrible; temí que se trasluciese la agitación de mi alma. Pero no; sólo se traslucía la agitación externa, el trasudor, el jadeo de la violenta marcha; del jadeo del

espíritu, ni sospechas, y esto me dió ánimos; me sentí confortada para el disimulo. Las lecciones que aún me quedaban aquella tarde las dí como la más tranquila y concienzuda profesora. La batalla vino después, cuando, ya anochecido, entré en mi casa. Hasta entonces aún parecía resonar dentro de mí el tumulto de la dolorosa escena; ahora, aquí, en la soledad, en el silencio, con todos los recuerdos que van surgiendo, ¿qué he de hacer sino escribir lo que no supe decirte, por torpeza, por aturdimiento?

»Yo no quisiera inferirte ni sombra de una ofensa; tal vez en tus oídos suene á ofensa lo que en otros sonaría á lisonja. Tú, antes que nada, antes que todo, eres un Aliaga, eres un Urbina, toda tu sangre es sangre de nobleza rancia, de vieja estirpe; es inútil que intentes aventar la pátina de señorío que te envuelve. Eres un noble; el estar caído no quita, más bien aumenta tu nobleza; desde luego tu altivez se ha acrecentado al querer convertirte en un artista bohemio.

»No; tú no puedes ser bohemio; puede más la sangre, la raza, los años, la sombra de todos tus antepasados que se pone ante ti y te cierra el paso. Es vano empeño el tuyo. No es burlarme, ¡ay!, que no es hora de burlas ésta; no es burlarme el decirte que ni con tus guedejas tan graciosamente desgairadas, ni con tu barbilla mal acicalada, ni con todo tu porte de poeta ensoñador ó de pintor romántico, borras tu presencia de aristócrata.

»Aún te puedo decir más, y sin temor á tu enojo voy á decirte: tu orgullo mismo te aleja de los tuyos, y sin embargo, sientes la nostalgia de ellos. Sí, sí, Esteban; no vale negarlo; de tu mirada desborda esa nostalgia. Eres un desterrado, y ¡ay del día que la fortuna, que tu arte te levantase el destierro y pudieses penetrar en ese mundo con la altiva frente erguida! ¡Ay de ese día si te sorprendiese unido á quien no es de tu rango ni de tu clase!

»Ya sé, ya preveo lo que vas á decirme: que el afecto lo iguala todo; que para el corazón no hay razas. Esto es verdad, y también es verdad tu afecto. De él no he dudado nunca, aun siendo de condición tan reservada y fría. Hasta hoy es esto; pero ¡mañana! ¿Quién responde del mañana? Pues á mí ese mañana me asusta,

me da estremecimiento pavoroso cuando pienso que podemos unirnos y que mañana..., mañana..., cuando el triunfo haya llegado y con él la riqueza, la exaltación de tu nombre... ¿Lo ves? No es posible. Hoy tu vida vacila entre dos direcciones: aristócrata y artista; cuando ese día llegue, y es seguro que ha de llegar, las dos direcciones se funden en una sola. Serás un artista de la aristocracia.

»¿Qué seré yo para ti entonces? Para contestarme á esta pregunta yo te pido que revuelvas hasta en los más escondidos escondrijos de tu mente. Revuelve con serenidad; revuelve con calma; revuelve friamente, despiadadamente, limpiándote de todo lo que sea hoy y pensando sólo en el mañana. Es lo menos que puedes hacer por mí, por ti mismo.

»Mira si yo también discurro friamente para llegar á lo más digno, que es, después de todo, lo más humano. Es lo más profundamente humano. Esta idea basta para que mi vida fuese un calvario de temor, de angustia inextinguible; el tormento de todos los días, el que matase mi felicidad destilando sobre ella, gotita á gota, el veneno de la sospecha más terrible, la más cruel, la más implacable. No puede ser, Esteban, no será nunca. Tú, si me quieres, no puedes desear que sea nunca. No esperemos á que deshaga el encanto de nuestro amor el invencible destino. ¡Cuánto mejor es deshacerlo nosotros mismos!

»Ya te veo al leer estas líneas, que escribo al correr la pluma llevada por el pensamiento que también corre, me parece verte y tu exaltación me da lástima; no por ti, por mí misma, de la que pensarás cosas crueles, cosas que ni sospechar quisiera. ¡Disculpas, mentiras—dirás,—para encubrir con manto de piedad un desvío ingrato! Y me llamarás hipócrita, me llamarás... Conozco los arrebatos de los caracteres fríos. Por eso, en vez de hablarte, preferí escribirte todo lo que aquí te escribo. Tuve miedo al arrebato. Hoy al salir del Museo, en la escalinata, sentí un momento el miedo del arrebato; no sé cómo no me sentiste débil, estremecida. Pero pasó pronto. De todos modos, no me hubiera arrepentido de lo que te dije allá abajo, teniendo por testigos las dramáticas tablas del siglo xv.

»Comprenderás que mi resolución no es fruto de un arrebatado desdeñoso, ni nació y se cumplió sin más intervalo que el de unas horas. No por cierto; lo maduró una reflexión larga, lenta. En las inacabables horas de mis lecciones y de mi estudio se iba labo- rando este pensamiento; parecía que el machaqueo del piano lo iba tundiendo y ablandándolo poco á poco. Y hacía muchos días que ya estaba resuelto, sólo que no me encontraba con fuerzas para ejecutarlo. Fué necesaria una preparación larga, laboriosa. Dos ó tres veces fui al Museo en tu busca..., y volvía á salir sin atreverme á bajar aquellas escaleras de la sala de tablas viejas, escalera lóbrega y medrosa como bajada de antro. Necesité un esfuerzo supremo de la voluntad.

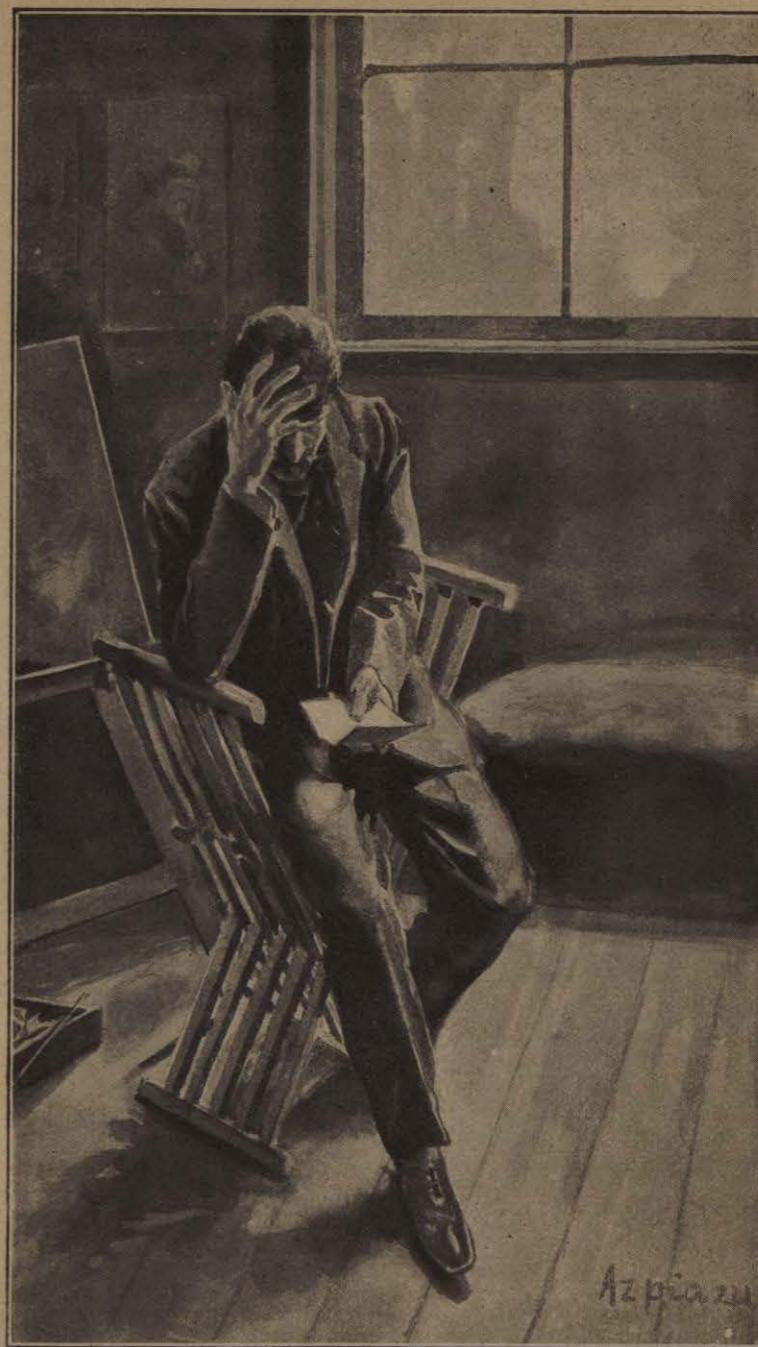
»Pero ya está hecho. Es mi triunfo; el triunfo del deber cum- plido. Hoy me juzgarás con apasionamiento de obcecación, arre- batadamente; lo sé, lo tenía previsto. No me importa. Vendrá la calma, y con ella, mansa y callada, humilde y sencilla, vendrá la justicia. Y un día, cuando seas feliz como tú debes y mereces serlo, te acordarás de mí diciendo: á ella se lo debo, ella me fran- queó el camino. Toda mi aspiración es esta. Para tu bien soy mu- cho más ambiciosa; para ti anhelo una felicidad distinta, una fe- licidad sin mácula de sacrificio. Si no la obtienes, quédeme siquie- ra la satisfacción de mi obra.

»Y ahora ya, para siempre.»

Cuando Esteban recibió esta carta, hallábase solo en su taller. La fué leyendo lentamente, sin apasionados arrebatos. Y al aca- bar de leerla volvió á comenzar de nuevo con la misma serenidad y la misma calma.

Aquel día—que era el siguiente de la escena del Museo—el guardián viejo de las tablas viejas no vió aparecer en todo el día al que llamaba ya su amigo, el copista de la Anunciación de Fra Angélico. No fué Esteban al Museo. Al acabar de leer la carta quedóse sumido en una especie de letargo. Aún volvió á posar los ojos sobre tal ó cual párrafo, sobre tal ó cual línea.

Pasado algún tiempo, sucedió al período de estupor y aboba-



La fué leyendo lentamente, sin apasionados arrebatos.

miento el de agitación violenta; comenzó á dar paseos por el estudio hablando y accionando con aire de loco. Él mismo, parándose en mitad de estos monólogos, se sorprendía de su insensato desvarío.

Abriendo la puertecilla del taller que comunica con el corredor largo, inacabable, comenzó con grandes y destemplados gritos á llamar á Antolín Torrecilla. Su voz sonaba hueca sin que nadie respondiera.

Al fin oyó lejana una voz; era Serafina. Entró ésta en el estudio y, al hallar al señorito en actitud tan extraña, no supo qué decirle; consideró mucho más prudente esperar á que él hablara. Lo que sí hizo fué sentarse en un taburete, como mujer que está dispuesta á no marchar en mucho tiempo. Aliaga, entre tanto, había vuelto á sus paseos rápidos y agitados como los anteriores, sin más diferencia que éstos eran silenciosos.

Serafina, cruzándose los brazos sobre el pecho, le veía ir y venir convulso.

De repente el paseante paróse ante la prendera.

—¿Dónde está Antolín?

—¿Pero el señorito no sabe que Antolín á estas horas está en la iglesia?

—Tienes razón; pidiendo limosna.

Y como si esta explicación le hubiera dado nuevo impulso, emprendió de nuevo los paseos. Pero la fatiga, el doloroso cansancio, dieron con su cuerpo en el sofá paticojo, hundióse en él dando señales de profundo abatimiento. Su voz, enronquecida, opaca por el rencor mal contenido, rezongó palabras que Serafina no llegó á oír claramente.

—Señorito, si no habla más claro, yo no oigo.

—Vas á oirme; vais á oirme todos, todos: tú, mi madre, ellas.

Hablaba con violencia, incorporándose en el diván quejumbroso.

—Me oiréis, porque yo no admito que conmigo se juegue de un modo tan infame, tan bajo. ¿Qué pensabas? ¿Quisiste hacerme instrumento de tus ruines artes, de tu comercio?... No, no me respondas nada. No es á ti á quien lo pregunto.

Incorporóse más, humanizó la voz, el áspero tono, la dura mirada que se clavaba como taladro en Serafina.

—Lo que sí quiero que me digas lealmente es esto: ¿Por qué llevaste á mi madre á un sanatorio, y á mí por qué me trajiste á esta casa? ¿Qué te propusiste?

—¿Ahora sale con ese registro?

—No es registro, no es salida. ¡Contesta!

—Pero, señorito, ¿usted no sabe que los echaban de aquella casa?

—Bien, ¿y qué?

—¿Había yo de consentir, señorito, verlos en medio de la calle?.. Ya ve; la señora está enferma; lo que más necesitaba es la quietud y el descanso que tiene ahora. Por eso, ¿sabe?..

—¿Y yo?

—¿Usted?

—Sí, ¿á mí para qué me engañaste?

—Yo no engañé á nadie. Yo le ofrecí un rincón en esta casa, porque me sobraba y para mí una carga no era. Yo no había de mantenerle.

Quedóse Aliaga perplejo, dudando penosamente, sin saber si lo que aquella mujer hacía era un rasgo de bondad y caridad suprema, de esa caridad que se oculta y se esconde, recatándose pudorosa, ó si era, por el contrario, todo aquello, plan calculado por su espíritu de mercachifle empedernida. Cuando toda su existencia parecía bambolearse, amenazando venir á tierra, era lo más difícil de todo penetrar la intención de aquello.

Pero de pronto el recuerdo de Antolín y de su oficio vino á esclarecerle su pensamiento, y encarándose con la antigua servidora de la Urbina, le dijo con dureza:

—A ese pobre ciego le recogiste aquí para hacerle medianero de tus tretas. Bien. ¿Me negarás esto? ¿Y á mí para qué me trajiste? ¿Yo para qué te sirvo?

—¡Que una haga el bien para esto! Verdad que por usted no sé si lo hubiera hecho. No, no. Lo hice por la señora.

—¡Ah! ¡Procedisteis de acuerdo! Quisisteis tenerme á mano

para llevarme poco á poco, insensiblemente, por el camino que á vosotras os convenía. Pues mira tú: un negocio que no sale.

—Pero ¿qué negocio? ¿Está usted loco? ¿Es que en el mundo no puede haber una miaja de bondad, de bienquerer, de apego á las personas que con una fueron buenas? Márchese de esta casa, déjela ahora mismo, haga usted lo que quiera, pero no me falte.

La prendera estaba en pie; hablaba con dignidad, pero serenamente, con una calma admirable.

Esta quietud de espíritu desconcertó mucho á Aliaga; en su espíritu volvió á hacer presa desgarradora la duda. Aquella mujer le pareció ante sí el enigma de su destino; obstinábase en verla como oculta manipuladora de los hilos de su vida; en realidad, lo que él necesitaba era persona á quien hacer culpable de sus rencores y de su ira. Sentíase en algunos momentos impelido por brioso acceso á las más violentas resoluciones.

Esta agitación de su ánimo producíale un malestar tan hondo, que quiso acabar aquel diálogo, sin intentar más averiguaciones. Poniéndose en pie, y, al parecer, dueño de sí mismo, díjole á Serafina:

—Desde mañana, no cuentes conmigo.

—Piense bien lo que hace—replicó ella con aire bondadoso, con mirada dulce.

—Está pensado. Desde mañana, no cuentes conmigo.

—Lo que yo le digo es que lo piense.

Puso aquella mujer tal firmeza amorosa, tierna, íntima, en estas palabras, que el pintor quedóse aturdido, desconcertado. Y fruto de este desconcierto fué su respuesta:

—¡Pensarlo! ¿Acaso no lo he pensado?

—Pues otro poco—dijo la mujer.

Y después, vagamente, como si hablase consigo misma:

—¡Marcharse, marcharse!

El aturdimiento de Aliaga llegó á tal punto, que hallóse sobreexcitado, como si fuese juguete de las más desacordes y contrapuestas ideas. O aquella mujer era un raro prodigio de disimulo ó su bondad para los caídos restos de la raza de Urbina merecía

que allí mismo Aliaga se prosternase, se hincase de rodillas ante ella.

La prendera avanzó hacia la puerta. Esteban, al verla marchar, quiso detenerla; buscó rápidamente una fórmula decorosa para decirla: «No marches, te necesito, quédate.»

Pero ella abría ya el pestillo, sin volver la vista, sin decir palabra.

—¿Dónde vas, Serafina?

—Tengo que hacer; tengo unas perlas que me han pedido. A trabajar, hijo, á trabajar un poco.

Serafina salió y cerró la puerta. Esteban Aliaga quedóse largo espacio mirando esta puerta por donde la esfinge misteriosa había salido. Esforzabase por descifrar el enigma de aquel ser extraño, contradictorio.

—¡Por qué no ha de ser!—se dijo al fin á sí mismo, dejando caer el cuerpo sobre el diván.—Estamos demasiado impelidos á juzgar por patronos, por fórmulas secas, sin realidad viva. ¿Por qué he de obstinarme en no hallar en esta mujer sino ruindad de sentimientos? ¿Por qué no he de ver en ella lo que hay en todo ser por bajo que vuele? ¿Quién sabe de las reconditeces del corazón humano? ¿No es algo pueril empeñarme terco en ver manos misteriosas tejiendo en la sombra la trama de mi vida? ¿Acaso no soy yo mismo el que la trajo á este punto en que la veo?

Y levantándose con brusco movimiento:

—Sin embargo..., ¡quién sabe!—exclamó desalentado.—Algo hay que para mí permanece oculto.

Después, con tristeza profunda, en un grito de desesperanza desgarradora, exclamó á media voz, voz que sañía doliente:

—¡El fracaso de una vida!

Mediaba el día cuando entró en el taller el ciego. Oyóle Esteban por el corredor adelante canturreando un son ronco. Al abrir la puerta y hallarse con su amigo que le saludaba, quedóse parado.

—¿Tú aquí? ¿No fuiste al Museo?

—Ya te lo dije anoche: yo no vuelvo al Museo á sacar copias;

iré á estudiar, á sorprender en las obras de los divinos maestros los ocultos secretos de su arte. Yo no copio. Yo creo mi obra.

—¡Admirable! Ya veo que eres un buen muchacho—dijo Antolín con transparente zumba.

—Puede que sí, que empiece á serlo.

—Pues nada: tenacidad y adelante.

Seguía el de Torrecilla expresándose con suave burla, como quien da poco valor á las palabras que oye.

—Me parece que tú dudas de la firmeza de mis propósitos. ¿Quieres convencerte? Pues mañana, mañana te convencerás.

—¿Preparas para mañana algún disparate gordo?

—Preparo mi marcha de aquí. Tú, el aventurero, tú, el trotamundos, ¿quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—¿Lo sé yo acaso?.. Lo único que quiero es salir de aquí, dar á mi vida tan nuevo rumbo que ni yo mismo me conozca. ¡Antolín, todo esto me ahoga, me asfixia! Tal ira siento, que empieza á parecerme razonable eso de que yo soy un aristócrata que se esfuerza vanamente en disfrazarse de artista; puede que sea verdad que á mí mismo me estoy engañando con sueños de gloria.

—¿Lo ves, hombre infeliz?—dijo Torrecilla acentuando con crueldad la burla.

Y después de una pausa:

—No olvides el recado de casa de Sagrario: que hoy mismo...; que hoy sin falta.

—Pues ahora mismo; eso es lo que más urge; no es cosa de quedar indignamente. Quiero decirle que no puedo terminar por ahora su encargo, que un asunto imprevisto..., cualquier cosa..., lo que importa es cortar, rajar sin duelo, sacudirse hasta el polvo de esta vida ruin, plebeya y miserable. ¡Eres un hombre, Antolín, eres un hombre! Tú sí que perteneces á la más encumbrada aristocracia. Tú, en otra edad, hubieras sido un santo, un franciscano mendicante, uno que renuncia á todo para tenerlo todo. Envidio la grandeza de tu alma, envidio tu espíritu que tiene alas para subir..., subir, mientras los demás bajamos arrastrándonos entre

las miserias de la tierra... Antolín, ten lástima de mí, ten lástima de un pobre hombre.

—La tengo; la tuve siempre—dijo Antolín con una gravedad que daba unción á sus palabras.

—¿Por qué no me arrastraste contigo, á la fuerza? Sí; tu deber fué llevarme á rastras.

—Fuisteis vosotros que os negasteis. Mataste el ideal de Guillermina, celoso del tuyo, y luego, ¡desgraciado!, mataste también el tuyo.

—Escucha; oirás su carta.

—¿De qué carta hablas?

—¿Tú no sabes que Guillerma me ha escrito?

—¿Y qué dice Guillerma?

—Escúchalo.

Y Esteban leyó la carta con lentitud y mesura, haciendo al final de cada párrafo largas pausas; al acabar dobló el papel cuidadosamente. Ninguno de los dos dijo palabra; un silencio triste se cernía sobre el estudio.

Aquella tarde Aliaga se encaminó á casa de la marquesa del Sagrario. Al subir la espaciosa escalera, al atravesar los lóbregos salones, saboreaba una impresión nueva, un sentimiento muy hondo hacia todas aquellas cosas que le hablaban de grandezas, de ranciedad de alcurnia; miraba alrededor de sí con la vaga, tenue tristeza con que vemos las hojas del otoño desparramadas por el suelo. Sentíase invadido por una suave melancolía; un silencio de muerte llenaba aquellas estancias.

Al sentarse á esperar á la marquesa, en la salita pequeña que ya conocía, pensó que la impresión de las cosas era un reflejo del espíritu. De otro modo no podría explicarse cómo todo aquello le produjo tan diferente impresión de la que otras veces le había producido. Y es el caso que aquella impresión afirmaba sus propósitos; todo parecía hablarle con voz queda, pero insinuante, diciéndole: «Sigue, sigue tu camino, sin vacilar, sin volver la vista; siempre adelante. Tú eres un artista; sólo tu arte puede conducirte á la paz que ansías. Sigue, sigue.»

Era avasalladora la elocuencia de todas aquellas rancias cosas como si todas á coro le impulsasen.

Cuando la marquesa del Sagrario se presentó, de todo había en el espíritu de Aliaga menos vacilación y duda; su resolución era firmísima. Él fué quien comenzó á hablar resueltamente, diciendo:

—Recibí recado de que viniera. Yo hubiera venido aun sin el recado; me urgía hablar con usted.

—¿Qué ocurre, Esteban?

—Un asunto imprevisto me obliga á salir de España mañana mismo.

—¿Salir de España?... ¿Mañana mismo?

La llamarada de satisfacción que iluminó el rostro de la Sagrario no pudo dejar de ser notada por Esteban. Revelóse un placer muy vivo al oír la noticia.

Esteban ahincó en ella.

—Sí, señora: mañana mismo.

—¿Y volverá usted pronto?—preguntó, delatando ansiedad intensa.

—Yo mismo no lo sé. ¡Volver! Tal vez no vuelva en mucho tiempo.

La marquesa del Sagrario envolvía á Esteban Aliaga en una mirada de infinita ternura; sus ojos, todo su rostro de gran dama, resplandecían. Con la boca de gruesos labios entreabierta, pareció disponerse á dejar que fluyese de ella todo el cariñazo que sentía por el hijo de la Urbina, la gran amiga, la gran hermana de la hija muerta. Pero, sin duda, la misma intensidad de una emoción tan fuerte la había enmudecido; no acertó á balbucear ni una palabra; el gozo desbordado no podía concretarse en unas frases.

Aliaga sintió en el corazón un golpetazo duro, un latido tan violento que no pudo menos de llevar rápidamente la mano al sitio en que repercutía con tal ímpetu el golpe. No tuvo duda: aquella señora se alegraba al verle dispuesto á alejarse. Todo el orgullo de su raza, toda la vanidad de los Aliagas y de los Urbinas se le agolpó en ola de sangre á la cabeza; su mirada blandió el aire,

su airoso cuerpo avanzó suavemente en el asiento, con un movimiento algo felino, de amenaza, y sus manos, finas, largas, pálidas, se estremecieron con temblor casi imperceptible. Entreabrió los labios; dibujóse en su semblante una sonrisa de frialdad terrible; la hermosa cabeza con un débil balanceo reforzaba aquella sonrisa.

La marquesa quiso hablar, quiso desvanecer la atmósfera de gozo que su faz había irradiado á torrentes, pero el artista le cortó el resuello, no la dejó tiempo á que hablase. Fué él quien habló sereno, frío, con palabras que salieron heladas de sus labios risueños.

—Sí, señora; he pensado que aquí el caído puede merecer piedad, compasión, lástima... Lo que nadie le otorga es justicia. Marcho, por no decir que huyo, porque me repugna que me ofrezcan sentimientos que me rebajan y me humillan.

—¡Esteban!

—¡Marquesa! Hasta la vuelta..., si es que vuelvo.

Estaba en pie, tendida la mano, inclinado con señoril reverencia el airoso busto.

—No; yo no puedo consentir que marche usted de esa manera. Me parece que yo nada he dicho que pueda ser ofensa.

—¿No dije que venía con este propósito? Vine ya á despedirme... ¡Ah! Y á decir que su encargo no puedo por ahora terminarlo. Perdone usted. Tal vez falto, pero usted comprende que hay ocasiones en que se impone la determinación rápida, inmediata.

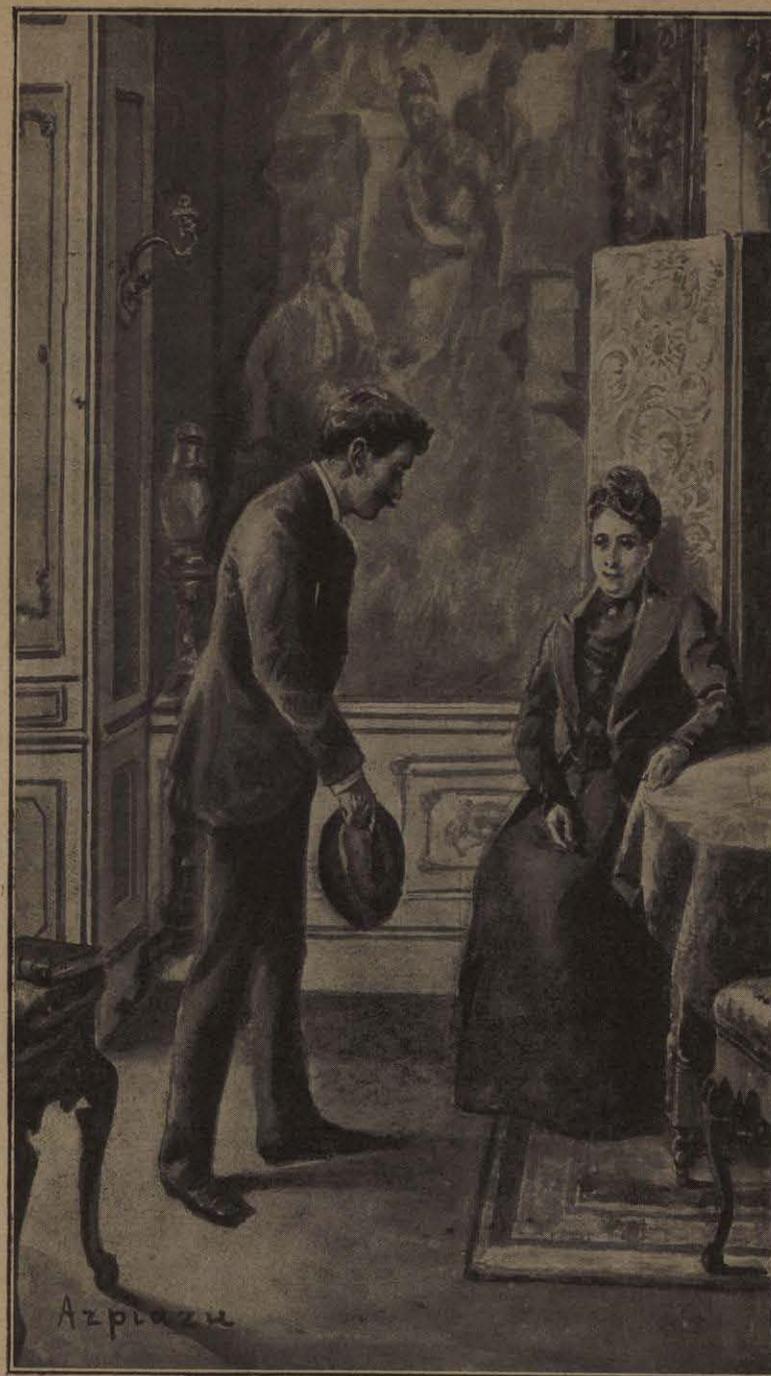
Otra vez tendió la mano con resolución de cortar allí mismo el diálogo. Añadió á la vez:

—Despídame usted de sus nietas.

—Como usted quiera.

Esto fué otra decepción y al mismo tiempo otro dato que confirmó sus sospechas. Él esperaba que la marquesa haría comparecer á sus nietas para despedir al pintor amigo, y aquel rasgo de desdén, aquella frase indiferente: «como usted quiera,» le pareció, excitado como estaba, trallazo que le cruzaba el rostro.

Tuvo, sin embargo, serenidad bastante para no replicar, teme-



Estaba en pie, tendida la mano, inclinado con señoril reverencia el airoso busto

roso de sí mismo, de la salvaje acometida de su orgullo. Y salió de aquellos salones con firme propósito de no volver á pisarlos nunca. En aquella rápida visita su deseo de alejarse de la vida madrileña se había acrecentado. Fué un deseo que surgió súbitamente, sin esas preparaciones graves y pausadas que preceden á las grandes mudanzas de la vida; y apenas nacido tomó cuerpo, apoderóse de su ánimo y comenzó á acariciarlo como se acaricia el ensueño, el ideal de la existencia. Era un ideal nuevo que venía á reemplazar el ideal extinto. Toda su vida pasada veíala ahora en ruinas, y el dolor del fracaso le aguijoneaba.

Pero al salir del palacio y pisar la calle ocurrióle un fenómeno muy natural y que, sin embargo, le hizo vacilar. Pensó que desde aquel mismo momento comenzaba su nueva vida; un día, una hora más de aplazamiento, eran fácil portillo abierto á la debilidad y á la complacencia enervadora. Si la fuerza que le prestaba el arrebatado se perdía, era hombre caído para siempre. Los vacilantes pasos que daba pensando en esto, eran ya pasos desperdiciados. Propúsose sin vacilaciones tomar un rumbo.

Vagando por las calles mientras roía su dolor y también su despecho, hallóse con un camarada que, sujetándole por los hombros, le saludó risueño.

—¿En qué vas pensando con esa cara tan fosca?—le preguntó el camarada.—Ni que estuvieses pensando asunto para la Exposición del año que viene. Nada de preocuparse; hay tiempo, con quince días bastan y sobran. Para lo que hemos de ganar...

—Tienes razón, Uriarte—respondió Aliaga, cogiéndose del brazo del camarada como náufrago que se coge á lo que á su mano viene.

—Ya lo creo que la tengo. Para ti sobre todo; bastante falta te hacen ya á ti exposiciones. ¡Valiente suerte la tuya! Claro, lo tenías en la sangre.

—¿Qué tengo yo en la sangre?—preguntó con rabia Esteban.

—Hombre, estaría bueno que te enfadaras encima. Lo que debes hacer, para quedar como se debe, es convidarme.

—No tengo dinero.

—Esa no cuela. ¿Tú sin dinero? ¡Un hombre que está á punto de ser marqués de no se qué cosa! ¡Estaría bueno!

—Pues cuando sea marqués hablaremos; para entonces te convidado.

—Te advierto que ya por todos los talleres corrió la noticia.

—Por mí..., que siga corriendo; entre tanto apéame el tratamiento.

—Bueno; pues ahora ¿de qué vives? ¿Es verdad que estás en comandita con un ciego que pide limosna á las puertas de las iglesias?

—¿Qué llamas tú comandita?

—Que vais á medias. Él te da la mitad de las limosnas de cada día y tú le das la mitad de lo que te sale. Supongo que serás tú quien vaya ganando. Las cosas que se ven en el mundo: hoy con un mendigo, mañana con una marquesa.

—Es cuestión de ingeniarse—dijo Esteban con zumba.

—No lo creas; es cosa de la sangre—replicó Uriarte.

—¿Y tú ahora qué pintas?

—Ahora no pinto; estoy escribiendo un drama. Lo escribo con otro.

—¿Otro pintor?

—No; con un médico. Es una cosa estupenda. Tenemos el propósito de estrenarlo en Novedades porque en otra parte puede que no lo quieran. Y eso que es estupendo.

—¿Y si te silban?

—Escribiré otra cosa. Algo ligero; la cuestión es sacar unas pesetas para marchar de este pueblo indecente en donde no hay quien compre ni un metro de lienzo pintado.

—¿Marchar? ¿Marchar?—dijo Aliaga sintiéndose bruscamente sacudido por la idea de la marcha.

—En cuanto tenga dos pesetas para ponerme en la frontera.

—¿A ti lo único que te preocupa es ponerte en la frontera?

—Eso es lo único. Una vez pasada la frontera, ya estoy en el mundo.

—Y una vez en el mundo...

—¡A vivir!

—O á morirse.

—Justo; ó lo uno ó lo otro.

Entonces se callaron. Seguían ambulando por las calles. Aliaga, con el pensamiento fijo, clavado en la idea de marcharse, á cada momento se veía acometido de un ímpetu de locuacidad muy fuerte. Pero, al romper á hablar, el ímpetu se desvanecía y dábale miedo, casi vergüenza, decir que también él quería marcharse, verse más allá de la frontera. Al fin rompieron las palabras, habló, pero soslayando el pensamiento fijo, tenaz, como clavo hincado en el cerebro.

—¿Sabes que eso de París ya va pasando? En París como aquí te morirías de hambre.

—¿Pues tú adónde irías?

Aliaga vió el cielo abierto; la confidencia saldría sin esfuerzo, sin darle el aparato de una revelación misteriosa.

—París desde luego está descartado; eso queda para luego. Primeramente hay que buscar los rincones pequeños y silenciosos. Yo no me quedo en París; buscaré uno de estos rincones. Acaso en Bélgica; hoy Bélgica es un horno del arte europeo.

—¿Tú?—preguntó Uriarte lleno de sorpresa.

—Yo; yo también me marchó. ¿Te sorprende? Naturalmente; eres un bobalicón que creyó lo de la boda con una marquesa.

—Y si no tienes dinero, ¿cómo te marchas?

—Lo buscaré aunque sea en las entrañas de la tierra—dijo Aliaga con energía desesperada.

—Sí, sí; buenas están las entrañas de la tierra. Ya ni la tierra tiene entrañas.

En aquel mismo instante pensó Aliaga de dónde podría extraer lo que necesitaba para ponerse del otro lado de la frontera. Despidióse de Uriarte y, con la mente puesta en Serafina, emprendió el camino de su casa.